

### Creo en la vida más allá de la muerte

Tal vez, finalmente, al completarse el proceso creativo, la personalidad finita habrá servido a su propósito de ser una con la realidad eterna, pero por ahora no necesitamos conocer ese futuro final. Lo que necesitamos es saber cómo vivir hoy. Esta es la vía de la que nos hablan los santos y los místicos de todas las grandes tradiciones.

John Hick<sup>1</sup>

Ha llegado el momento de afirmar claramente mis conclusiones. El intento de poner el tema de la vida eterna en un nuevo contexto se ha completado. He caminado a través de la religión, entendida como el campo en el cual la familia humana ha buscado respuestas por mucho tiempo. He descartado dos premisas básicas de la religión: 1) que Dios es otro, un ser sobrenatural que puede hacer por mí aquello que yo no puedo hacer para mí, una formulación que requería ganarse el favor de Dios; y 2) que la vida humana autoconsciente está separada del ser sobrenatural y que es necesario salvar esa separación mediante alguna forma de expiación. En estas dos premisas se apoyó nuestra esperanza de que la vida tenga un sentido último, un propósito y una posibilidad de eternidad. Sin embargo, a medida que avanzó el conocimiento, estas premisas se hicieron insostenibles. Así que no había muchas alternativas. Podíamos vivir en la negación, sin admitir que las premisas de nuestros sistemas religiosos estaban viciadas sin remedio (en la religión siempre hay quien opta por ese camino). Fracasada esa opción, podíamos reconocer que la religión ha sido siempre una mera ilusión que tenía más que ver con la búsqueda de seguridad que con la búsqueda de la verdad, y entonces deberíamos abandonarla y hacer frente al hecho de que no somos más que criaturas fortuitas en un universo fortuito. En consecuencia, deberíamos integrarnos en una nueva humanidad que vive sin religión, y es entonces cuando nos vemos forzados a concluir que el propósito y el sentido son algo que ponemos nosotros en la vida, y que la esperanza de algo más allá de la tumba es un sueño piadoso de la infancia de la humanidad, un sueño que debemos abandonar en nuestra nueva madurez. Muchos considerarán que esta es la única alternativa real a la actitud de negación, sin sentido e irracional, que caracteriza al fundamentalismo.

---

<sup>1</sup> *La quinta dimensión (The Fifth Dimension)*, p. 254.

Por mi parte, he tratado de esbozar una nueva posibilidad, que pasa por un cambio de paradigma de proporciones gigantescas. Mi propuesta reconoce la grandeza y el potencial de la humanidad, y finalmente nos lleva a una nueva definición de lo que es la vida y a una redefinición de casi todo lo que habíamos asumido acerca de Dios. Llego a estos nuevos conceptos, no porque abandone mis convicciones religiosas de ayer, sino porque las trasciendo. Empiezo a ver a Dios de una forma radicalmente diferente, como parte de la conciencia universal de la cual yo formo parte.

El viaje que he hecho para llegar a este punto es el viaje que todos debemos hacer. Espero haberlo mostrado de forma adecuada. El don específicamente humano del conocimiento, y nuestro increíble poder de pensar acerca del significado de la vida, nos permiten caminar por estos lugares donde pocos de nosotros habían caminado antes, trascender los límites de nuestra humanidad y tocar lo que es eterno. Al menos en mi caso, puedo decir que solo entonces empecé a ver este viaje simplemente como el siguiente paso del viaje humano, un viaje que empezó cuando la conciencia finalmente dio paso a la autoconsciencia, cuando pude empezar a abrazar la idea de que la religión es solo una etapa a través de la cual debemos pasar. Como seres humanos, nuestra verdadera ensoñación no estaba en el contenido de la religión, sino en la asunción de que en las tradiciones religiosa podíamos encontrar las respuestas últimas de la vida. Tuvimos que convivir con el miedo a abandonar eso que hemos visto que era una mera ilusión. Nuestro último destino nunca fue convertirnos en seres humanos religiosos, como alguna vez pensamos. Nuestro último destino consiste, simplemente, en ser plena y totalmente humanos. La religión, esa actividad humana a la que una vez encomendamos nuestro destino, se revela ahora como una etapa de la vida que hay que trascender antes de descubrir nuestro destino. La humanidad no está sola, como una vez pensamos; no está separada de Dios y, por tanto, necesitada de un rescate. Somos cada vez más conscientes de que formamos parte de lo que Dios es y de que somos uno con todo lo que Dios es. De repente tiene sentido para mí que el antiguo nombre de Dios, que se encuentra en las escrituras hebreas, haya sido parte del verbo “ser”. Dios, el gran “yo soy”, está en las afirmaciones “yo soy” que cada uno de nosotros debemos hacer en nuestro viaje.

Ha sido el destino humano transitar a través del miedo y las limitaciones, a fin de descubrir lo trascendente y lo infinitamente real. Tuvimos que caminar a través de la autoconsciencia para descubrir la conciencia universal. Tuvimos que caminar a través de los límites del tiempo para descubrir lo eterno. Esto fue necesario antes de que pudiéramos afirmar nuestra identidad como parte de lo que Dios es.

Solo aquí sentimos finalmente que la finitud se desvanece en lo infinito,\* que la Tierra es la puerta del Cielo y que el ser humano puede transformarse en divino. Es

---

\* Juego de palabras intencional del autor (N del E).

también aquí donde, necesariamente, empiezan a desvanecerse los símbolos religiosos. La religión solo fue el campo en el que la parte escondida de mi humanidad estaba luchando por nacer. Ya no desprecio ese campo. La religión es para mí algo similar a lo que Pablo dijo de la ley: una maestra que lo llevó a transformarse y a ser algo más. Ahora sé, no solo que tenía que caminar por el camino religioso, sino que esas afirmaciones excesivas que con frecuencia hacemos de nuestra “verdad religiosa”, finalmente tenían que quebrarse por nuestro bien (y me atrevería a decir que por el bien de Dios). Esa fractura es el preludio de una nueva conciencia.

Eso pasó cuando empecé a tener una nueva concepción de esa vida única llamada Jesús de Nazaret, viendo en él cosas que nunca antes había visto. Jesús no fue la forma humana de una deidad externa que invadió este mundo disfrazado de hombre (como creímos durante tanto tiempo). De hecho, esas afirmaciones no lo elevaban, sino que lo denigraban. Jesús fue aquel en quien apareció una nueva conciencia. Su conciencia nos llamó, nos señaló y nos dio el poder para ser algo que ni siquiera hubiéramos soñado ser. Jesús fue un ser humano tan completo, tan libre y tan amante, que trascendió todos los límites humanos y esa trascendencia nos ayudó a entender y declarar que habíamos encontrado a Dios en él. Eso es todo lo que la historia de la resurrección significa. Todo límite humano, incluyendo el límite de la muerte, desapareció frente a Jesús. Así que él me abre una puerta para adentrarme en un orden último, para caminar más allá del último límite. Puedo ver en él lo que puedo ser yo: una vida con Dios, conmigo mismo y como parte de la eternidad. Esa es mi gran conclusión.

El camino de Cristo se me revela ahora como un camino que siempre está abierto a algo más. Es un camino humano que todo el mundo puede recorrer, en todo tiempo y en todo lugar, sin importar el nombre que le pongan. El Cristo ya no es un símbolo religioso y el camino de Cristo ya no es un camino religioso. Cristo es el humano pleno y el camino de Cristo es, sobre todo, un camino humano, el signo de que la puerta hacia Dios siempre es la puerta hacia nuestra propia humanidad. La unicidad de Dios, tan profundamente sostenida por las personas de Oriente, se fusiona de esta manera con el individualismo, tan profundamente valorado en Occidente. La individuación dentro de la unicidad de Dios nos permite trascender todos los límites humanos como la tribu, la raza, el género, la orientación sexual y la religión. Ninguna separación es eterna y ninguna diferencia puede ser permanente, pues Dios es, finalmente, uno, y eso implica que cada uno de nosotros es parte de esa unicidad. Los místicos están en lo correcto cuando dicen: “mi ser es ciertamente Dios”. Son personas con una conciencia más profunda. Hay una sola conciencia, pero solo la gente autoconsciente lo puede saber. Soy finito, pero comparto esa infinitud. Soy mortal, pero comparto esa inmortalidad. Soy un ser, pero comparto ese ser.

Así, he llegado al punto de mi viaje en el que, como San Francisco antes que yo, puedo dar la bienvenida a la muerte como si fuese mi hermana. Vivo recordando que es la presencia de la muerte lo que, de hecho, hace mi de vida algo precioso, pues me llama a vivir cada día plenamente, y es viviendo plenamente como accedo a lo intemporal de la vida.

Pero hay otros tres temas a los que hay que atender brevemente antes de concluir este libro. Casi me limito a ponerles un título:

1. Esta visión de nuestra participación en la eternidad, ¿es garantía suficiente para liberar a aquellas personas que viven con las vicisitudes y las tragedias de la existencia, de modo que puedan confiar en el viaje? Creo que sí. Al menos lo es para mí.

2. ¿Es la vida después de esta vida suficientemente personal –tan personal como para ser real como mis amigos cercanos parecen demandar–, o ahora la gente rechazará estas ideas, por ser poco más que un buen ejercicio intelectual? Para mí, la respuesta es otra vez sí. Me parece una mera ilusión la búsqueda religiosa de una seguridad que, procedente de una deidad externa, se dirige a un centro personal de conciencia. Es una idea llena de sonido y de furia, pero no significa nada. No quiero ser traicionado por el opio religioso de mi generación. Sin embargo, eso no es lo que estoy tratando de decir. He encontrado en la búsqueda de la personalidad, una capacidad para abrazar lo infinito, lo cual me lleva a la conclusión de que puedo y debo compartir esa infinitud. Soy una persona que puede trascender el tiempo. Puedo estudiar los siglos que han pasado y puedo anticipar o planear un futuro que todavía no es. Todo ello me lleva a concluir que puedo escapar de las barreras del tiempo y del espacio, que lo puedo hacer y que lo haré.

Lo eterno es algo que puede encontrarse –y de hecho se encuentra– cuando vamos más y más profundamente dentro de nosotros. La eternidad está en nosotros. Eso es lo que hace que estas conclusiones sean intensamente personales. Eso es lo que nos permite acceder a un nuevo significado de la personalidad y también a una nueva comprensión de lo que significa ser humano. Vuelvo otra vez a San Francisco de Asís, ya que las palabras de una oración que se le atribuye captan este concepto: “es dando como recibimos, es amando como somos amados, es perdonando como somos perdonados y, finalmente, es muriendo como vivimos”. Cuando sea libre para dar mi vida a otros, también seré libre para morir sin miedo ni resentimiento, porque poseeré lo que es eterno. A través de esos lentes, abrazo ahora las palabras que el cuarto Evangelio atribuye a Jesús, que vive en plenitud: “soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14:6). Veo en él la realización plena de lo humano, la única puerta hacia lo que Dios significa.

3. La pregunta que hace constantemente la gente sobre la vida después de la muerte es ¿conoceré a mis seres queridos? Yo no sé cómo responder a esto pues la pregunta presume que hay un lugar donde todos los muertos están físicamente reunidos de una manera reconocible y podemos buscar a aquellos que añoramos. Entiendo ese anhelo, pero no estoy preocupado por tales imágenes espaciales, que no tienen sentido. Lo que puedo decir ante este anhelo es que ninguno de nosotros se hace humano aisladamente, más bien somos creación de aquellos que nos han amado. Así es como se nos ha introducido en la vida, en la eternidad y en eso que llamamos “Dios”. En el proceso por el que vivimos nuestras vidas (creadas por el amor de otros), tenemos que llegar a ser parte de las vidas de los demás, y ellos tienen que convertirse en una parte de la nuestra. No podemos separarnos de ellos pues el propio ser de toda vida humana está unido e interconectado con otros. Así, si alguno de nosotros va a compartir lo que llamamos la eternidad de Dios, estas vidas son una parte tan profunda de lo que somos que también compartirán esa eternidad con nosotros. No puedo decir más. No necesito decir más. Esto es más que suficiente para mí. Me preparé para la muerte viviendo. Mi compromiso, lo que considero el corazón y el sentido del culto, es vivir tan completamente como pueda y saborear todo lo bueno que cada día me ofrece. Mientras esté vivo, sondearé las profundidades de la vida, escalaré las alturas de la vida y compartiré mi vida y mi amor con quienes son mis compañeros de viaje en el tiempo y en el espacio. Cuando muera, descansaré en el “ser” del cual soy parte. Es ahí donde mi fe me ha llevado. Puedo ver más de lo que puedo decir. Puedo experimentar más de lo que puedo describir. Hasta ahí me pueden llevar las palabras. En este punto, voy más allá de las palabras, hacia la maravilla de una realidad inefable.

He estado involucrado en el proceso de vivir por un largo tiempo. Incluso he disfrutado haciéndome viejo y siendo viejo. He disfrutado viendo a los nietos alcanzar la madurez. He disfrutado viendo a los jóvenes colegas asumiendo grandes responsabilidades. Estoy especialmente orgulloso de los ocho clérigos que sirvieron conmigo en la Diócesis de Newark, que ahora son obispos de la Iglesia Episcopaliana, y confío en que sean más de ocho en el futuro. Uno de esos ocho es ahora mi propio obispo. Es mi segundo sucesor en el cargo. Me regocijo por su gran capacidad y por su elegancia.

Estoy contento de haber vivido esos “años dorados”. Han sido los más felices de mi vida, además de los más creativos y productivos. Todavía estoy triste porque mi padre no pudo experimentar el proceso de envejecer, como sí lo he hecho yo. Si el fin de mi vida viene pronto, no me lamentaré. Si puedo vivir más, lo celebro. No puedo imaginar una vida con más bendiciones que la mía, así que incluso los signos crónicos de la edad me sirven para recordarme lo maravillosa que es la vida.

Finalmente, y para afirmarlo con toda la claridad de la que sea capaz, creo profundamente que esta vida que amo con pasión no es todo lo que hay. Esta vida no es el fin de la vida. No puedo articular el contenido de este concepto más de lo que ya he hecho, pero quiero que mis lectores sepan que mis convicciones, por muy pobre o débil que sea lo que aquí he escrito, son reales y me convencen. Solo sé preparar la muerte viviendo de tal forma que pueda participar cada día en la eternidad. Solo accedo al orden de lo eterno si abrazo lo finito. Camino hacia el sentido de la vida cuando me abro a lo que tengo adelante y a lo que está más allá. Creo en verdad que el amor es eterno, y me sostienen los lazos del amor por mi familia, mis amigos y mis numerosos conocidos. Ellos son para mí ventanas a la vida eterna. Yo los abrazo y abrazo la vida eterna a través de ellos.

Así que concluyo con la pregunta del comienzo del libro, la pregunta que planteó Job, el mítico personaje de la Biblia, hace mucho tiempo: “si un hombre muere, ¿vivirá otra vez?”. Ahora, mi respuesta es ¡sí, sí, sí!

Esto es lo más lejos que las palabras me pueden llevar, pero es suficiente para mí. Así concluyo este libro, llamándoles a vivir plenamente, a amar desinteresadamente, a ser todo lo que puedan ser y a construir un mundo en el que todos tengan mejores oportunidades de hacer lo mismo. Para mí, eso es ser parte de Dios y hacer su trabajo. Eso es para mí ser un discípulo de Jesús. Esa es para mí la forma de prepararme para la vida después de la muerte. Shalom.